



¡Por qué no me llueven alacranes de una vez por todas!

Mauricio Eugenio **Galaz Dávila**

Fragmento de la novela de un joven que está perdiendo a su mejor amigo

Yo me hubiera resistido, pero Ramón me rogó demasiado; al fin y al cabo qué podríamos perder en una fiesta de casi puro desconocido. En menos de lo que canta un gallo estábamos tocando la puerta de Quirarte...

—Qué bueno que vinieron —dijo el unísono, conformado por Olmedo y Quirarte.

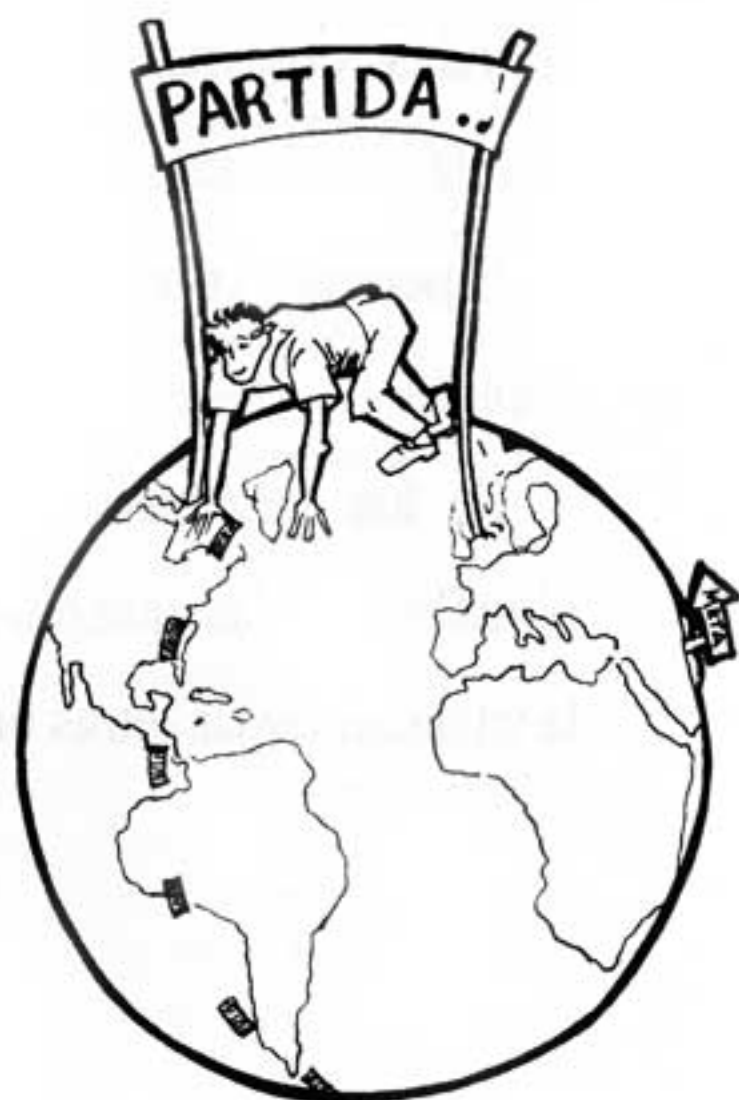
Mi mente esbozó las peores posibilidades. ¿Qué nos harán? Una novatada..., pero no puede ser; si los nuevos son ellos. Pero sí una humillación, un robo, un petardo... o quizá un estupro... ¡Madre mía, pero qué cochambre de mente me cargo! Así tendré la conciencia. Me iré a la limpia con las brujas de Catemaco....

—¿Algo de tomar?

Yo me negué; llevaba más de un año sin tomar, pero ya ni me interesaba. Ramón sí tomó... a lo mejor se pasó un poquito. Empezó a contarle chistes a cada una de las treinta personas que ahí se encontraban. A mí, ni uno de gallegos. Pronto se hizo el monedita de oro, convirtiéndome a mí en

Facultad de Filosofía y Letras

corcholata raída, de esas que nadie quiere, que nadie ve. Y es que tengo que aceptar que Ra era muy, pero muy cagado, y yo, aunque no antipático, me ofuscaba junto a él. Por supuesto que nunca me comparaba, porque yo sabía que él nunca podría hacer cosas que





yo sí y viceversa... Me limité a observar cómo mi querido amigo se convertía en un hilarante par de ojitos bizcos, por lo que no me di nunca cuenta de que Olmedo se acercaba a mí por detrás...

—Me dijo algo sobre ti —me susurró apacible, como si lamentara algo.

—¿Ramón?

—Sí —asintió, y luego bajó la mirada—. Que te haces el raro, el interesante..., pero que son puras falsedades.

Sentí un topecito en mi respiración. Saqué un cigarro; con el humo los topecitos fueron dándose uno tras otro, constantes, tercos, céleres...

—¿Eso te dijo de mí?

Movió la cabeza, asintiendo, pero no me miró a los ojos y por eso la fuente no me pareció fidedigna. Pero qué tal si sí lo había dicho...

—Mírame a los ojos.

Lo hizo. Traté de clavarme en sus pupilas, para lograr que no se desviara ni la esclerótica: debía verme a las pupilas y no mover sus ojitos de ahí.

—¿Eso te dijo de mí?

—Sí. Pero no se lo vayas a decir.

Traté de reír, pero ni siquiera me salió; pareciera que la clase de teatro no había servido de nada. Logré la seriedad más pasiva, la más seca, la más enteca.

—Bueno, él pasa horas frente al espejo ensayando su risa para que le salga natural. Así, le cae bien a la gente, haciéndole creer que verdaderamente es simpática.

Casi pude adivinar la imagen de su mente: él mismo haciendo reír como orate a Ramón. Y pensar que Mario se había creído de un simpático que qué barbaridad...

—¿En serio hace eso? —preguntó con inmensos ojos caídos.

—Sí —contesté, para después sonreír mientras me levantaba—. Pero no se lo vayas a decir.

Más al rato, cuando tomé la decisión de partir fui en busca de Ramón. Estaba muy divertido, no se quería ir, me rogaba un par de minutos más...

—No hay problema, yo lo llevo —habló Olmedo— y, como si fuera su “cuate”, abrazó por los hombros a Ramón, y hasta se rieron juntos.

—¿Seguro?

—Claro.

—¿Seguro, segurísimo?

—Te digo que no te preo...

—Bien, yo nunca insisto más de dos veces. Buenas noches.

Ni me contestaron porque inmediatamente se pusieron a platicar, como “cuates” que ya eran. Me subí al carro y manejé como mi mamá en el Periférico, cosa que resulta terrible para el resto de los conductores y transeúntes. En tres segundos estaba en la puerta de mi casa, con la pesadísima sensación de haberme olvidado en la fiesta y de no tener sentido para tocar el timbre. Lo que es peor, sólo me había sentido así una vez antes en mi vida: cuando me robaron, que ya ni me acuerdo qué fue, pero así me sentía... Mi madre me abrió la puerta y me notó pálido. Habló conmigo esa noche y yo le comuniqué que sentía que mi mejor amigo podía llegar a alejarse de mí. En mi mente se pintaban solitas las imágenes que posteriormente al pinche día siguiente se harían realidad:

Olmedo y Ramón platicando de sus aventuras y diversiones, de las que he sido asunto cabalmente excluido; caminando juntos, rientes por el pasillo; recordando sus reuniones dionisiacas en el baño... Y yo: "Hola Fer, adiós Fer" (porque eso sí, me tratan con mucho cariño al decirme "Fer", el par de míseros "cuates"). Un güey robado, sin más ni menos.

—Ramón y tú son amigos desde que son unas pirinolas, hijo. Tu mejor amigo sólo se quiere divertir un poco, pero no significa que lo vayas a perder.

—No, ¿verdad? Sí, creo que es tonto pensar en eso.

—Sí... No te preocupes, mi amor, todo va a salir bien.

—¿Ah sí? Eso díselo al gato que atropellé hace rato, que a deshora se cruzó en la senda de mi camioneta, por lo que ahora es sólo una masa de pelusa y tripas asida al asfalto, y para desasirla me cae que va a estar cabrón (¿pero quién va a interesarse en desasirla?, me cuestiona el hígado).

—¿Qué derecho tienes tú de matar a un gato? —se oyó decir desde mi mesa.

—¿Quién eres tú?

—Soy tu cenicero —dijo el cenicero. Tu más fiel compañero.

—Pues ahora sí te creo eso; tú eres el más fiel.

—¿Por qué mataste al gato?

—No sé. A lo mejor él se suicidó. Yo sólo fui el cuchillo, el empujoncito a las vías del metro, el revólver...

—Tú lo mataste.

—Ningún gato sobre la tierra es lo suficientemente pendejo como para lanzarse a las ruedas de una camioneta en movimiento.

—Ningún hombre sobre la tierra es lo suficientemente pendejo como para lanzarse con todo y camioneta en movimiento sobre las tripas de un gato.

—¿Me estás llamando pendejo?

—A estas alturas no sé cómo carajos se te debe llamar.

**¿QUIERE ELECCIONES LIMPIAS?
LAVE SUS CREDENCIALES PARA VOTAR
CON AGUA Y JABÓN ANTES DE VOTAR
Y DESPUÉS DE IR AL BAÑO...**



—Mira, ya párale, ¿sí? El gato se lanzó a las ruedas, ¡y cada quien es dueño para hacer de su culo un papalote!, así que deja de fregar.

—Eso, lo del papalote, es lo que necesitas aprender tú.

—¡Yo sí hago de mi culo un papalote!

—¡Pero te molesta que cada quien sea dueño para hacer de su respectivo culo un papalote!

—¡No es cierto!

—¡Sí es cierto!

—¡Demuéstramelo!

—¡Una palabra: Ramón!

—Eso no es cierto. Yo estoy feliz por él, porque se divierta...

—Si te confieso algo, mi querido Fernando, no he visto a ser humano fumador más descontento con su mejor amigo que tú. Y lo que es peor, no he visto a ser humano fumador que tenga más envidia que tú y que esté más ardido que tú.

—Lo dices como si los no fumadores fueran mejores.



teléfonos en el refrigerador, del que saca un empaque de leche, para servirla amorosamente en el plato del perro. Resultados: nadie en Rancho San Juan sabrá dónde quedó el directorio de teléfonos; al perro le acometerá el chorrillo más méndigo de su cándida vida; el gato no va a dejar de quejarse en todo el día porque le falta su leche...

—Hoy va a ser uno de esos días —canta Zenaida, mientras se acerca a mí para intercambiar el “paquete”. Habrá que ver qué barbaridades puso en la lista.

Zenaida tiene razón; nunca encontrará “tres litros de carne”, ni menos “recoger a Marianito a las cinco y media”... Mientras corrige paciente la lista, me acerco a una de las puertas de la sala que da al aire libre. Lejos de la casa, Conchis recorre uno por uno los portones de la caballeriza, con unas llaves en la mano.

—¿Qué está haciendo ahora? —le pregunto a Zenaida, quien se asoma desde la cocina para contestarme.

—Ah, anda buscando su coche.

—¿En el establo? ¿Ahí lo guarda?

—No sé. No creo. Aunque puede ser. Pero lo que hace por lo general es empezar a buscar su coche en todos los portones que se encuentra. Y como los del garaje se parecen mucho a los de la caballeriza...

—¿No se da cuenta en qué lugar está buscando?

—¿Pues no te digo que hoy es uno de esos días?

—¿Y qué tal maneja en estos días?

—Tiene sus mañas, pero bien..., siempre y cuando no confunda el freno con el clutch.

—¡Hizo eso!

Señala una cárdena costra grande que va de su nariz a su entrecejo.

—Eso no lo sé; no conozco a ningún no fumador.

Luego todo se calmó, incluyendo el cenicero. Me salí al balcón a fumar, para evitar problemas de discusión. Pensé en Ramón, pensé en Olmedo, en nuestra amistad y en un chorro de cosas... Pero sólo logré obtener una conclusión:

Ay Dios, voy a tener que dejar de fumar...

—¿Quieres turrón de aguacate?

Me pongo a analizar su ofrecimiento. ¿Turrón de aguacate?

—¿Turrón de aguacate, Conchis?

—Sí.

—Será de cacahuete, Conchis.

—¿Pues qué dije?

—Dijiste “turrón de aguacate”.

—¿“Turrón de aguacate”? ¿Cómo que “turrón de aguacate”?

—Eso es lo que tú dijiste, Conchis.

—¡“Turrón de aguacate”! Ay, Fernando, no me cotorrées...

Segundos después corta un pedazo de turrón en un plato y se lo da a Zenaida, para después dirigirse hacia mí y entregarme la lista de lo que habrá que comprar en el mercado. Posteriormente guarda el directorio de

A dos por hora se estampa en el portón de su propia casa

—Yo iba de copiloto.

Me limito a gesticular un "¡hijoles!" porque si me río no sé si se ofenderá Zenaida. El gato comienza a quejarse, pero no digo nada porque aún no sé si realmente significa algo. El perro eructa. Más tarde vendrá mi tía Tere preguntando por el teléfono del doctor González...

—Zenaida, ¿sabrá Conchis si debe recoger a Marianito a las cinco y media?

—¡Madre mía, se me fue! se exalta y saca la cabeza por la ventana. ¡Conchis, Conchis! ¡Tienes que recoger a Mariano a las cinco y media!

Entonces a lo lejos y con dirección al portón principal, sonriente y manejando muy pegada al volante..., corrección, al parabrisas, pasa Conchis, quien, sin virar siquiera la mirada, levanta con jovialidad la mano derecha para llamar con un movimiento de abanico a Zenaida. Ella sale con celeridad de la cocina para dirigirse al coche de Conchis, que va a dos por hora, pero lo suficientemente lejos de andar pasivo. Le dice algo a Zenaida desde el interior de su Datsun rosado, pero como tiene los vidrios arriba no logra entenderse nada.

—¡Conchis, baja el vidrio! —le sugiere Zenaida, que no deja de trotar junto al coche, pero Conchis sólo gesticula un "¿qué?", sacudiéndose con todo y férula el lóbulo de la oreja. ¡Baja el vidrio... o mínimo frena! ¡Tienes que recoger a Mariano!

Conchis sigue gritando y sigue manejando y sigue quejándose de no entender nada. Hasta que se harta y decide bajar el vidrio, sin dejar de acelerar, pero ya estaba demasiado cerca del portón principal, que por cierto nadie ha abierto. Así es como a dos por hora se estampa en el portón de su propia casa, tratando de bajar el vidrio de su coche con el brazo lastimado. El impacto benigno no deja de resultarme cómico y velozmente acudo, mordiéndome la sonrisa, al lugar del accidente.

—Como te dije —señala Zenaida—, tiene sus mañas.

Conchis sale de su auto justo cuando la polvareda está más desgraciada. Tose y se sacude el polvo de la cara, luego camina hacia nosotros para expresarnos su razonamiento:

—Gracias a Dios que estaba cerrado el portón. Así el polvo no les llega a los vecinos de enfrente.

Ni Zenaida ni yo entendemos su agradecimiento al Dador. Conchis no puede comprender que si no hubiera chocado no habría polvo que pudiera llegar a molestar a los vecinos, ni menos capta que si el portón hubiera estado abierto ella no habría chocado; sólo entiende que le tiene que dar gracias a Dios ●

